

HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA,

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

Ó SEA

COLECCION DE LITOGRAFIAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTÓRICOS DE CADA ÉPOCA,

CON TEXTO AL DORSO

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO.

ÉPOCA TERCERA,

Desde la toma de Granada hasta la muerte de Carlos II el Hechizado.

TOMO TERCERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

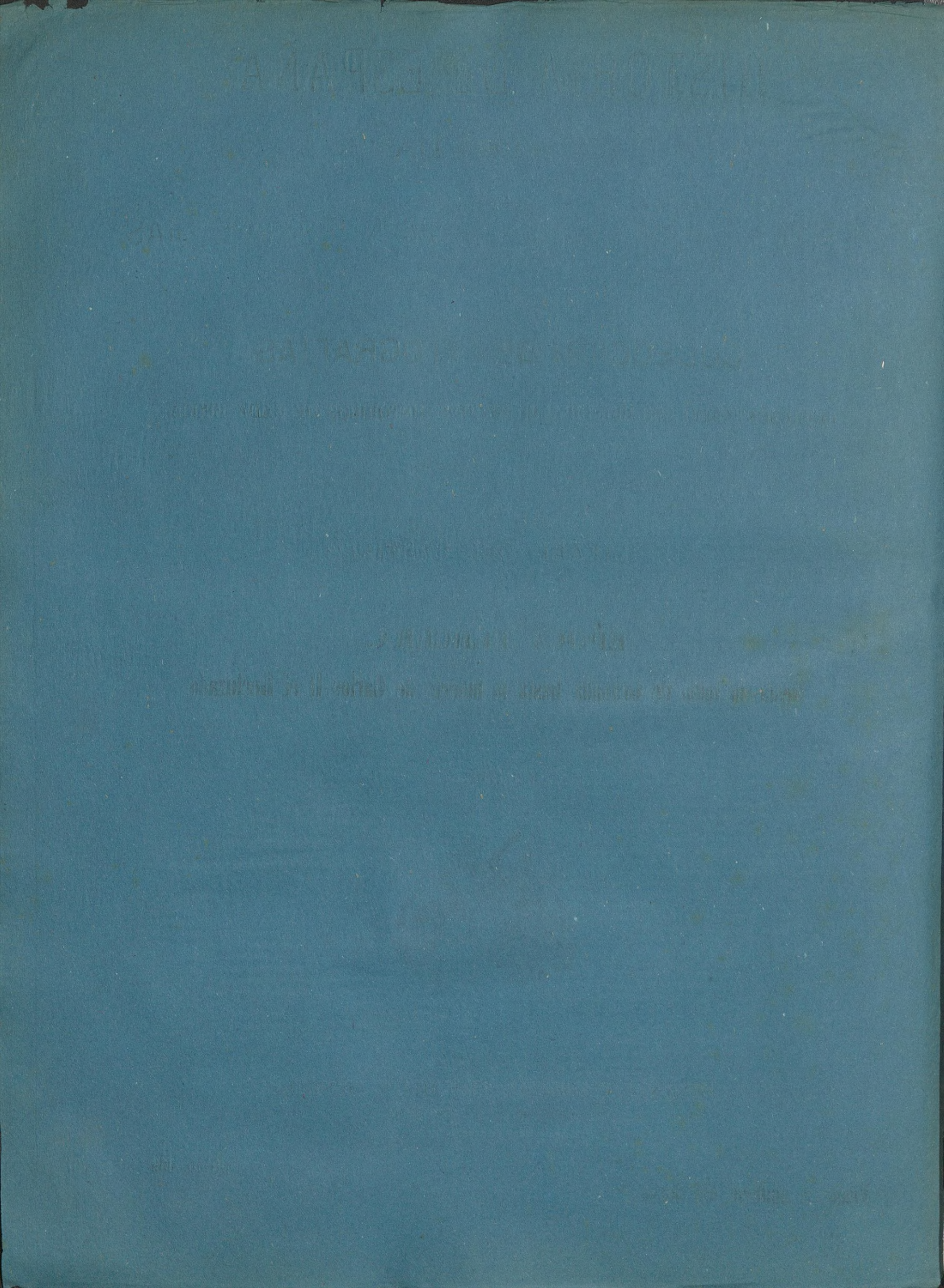
CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.

1877.

Entrega 109.

Véase el anuncio del dorso.

L47
4004





J. SERRA Lit.

Lit. VIDAL, Olmo, 27

DOÑA MARGARITA DE SABOYA

Piera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXIII.

Pérdida de Portugal.—Causas determinantes de semejante acontecimiento.—Torpeza del conde-duque de Olivares en este asunto.

A la par que el marques de los Velez entraba en Cataluña, á la vez que los desaciertos del conde-duque de Olivares ponían fuego á la mina que había de destruir las ricas provincias catalanas, aquellos mismos desaciertos, aquellas mismas torpezas causaban á España una pérdida de gran consideracion con la rebelion portuguesa y la definitiva separacion de aquel reino de la corona de Castilla.

Las causas que produjeron tan grave mal son las que vamos á exponer en el presente capítulo.

La rebelion de Portugal ni era la obra del momento, ni fueron únicamente las torpezas del conde-duque de Olivares las que la determinaron.

Los grandes movimientos de los pueblos, sus grandes sublevaciones no se elaboran en un momento ni se realizan en un instante, es necesario que causas más antiguas hayan venido desde mucho tiempo ántes trabajando todos los elementos que constituyen una nacion, y cuando la paciencia, el sufrimiento, el orgullo lastimado, la dignidad ofendida, los recuerdos de mejores dias y las aspiraciones hacia un mejor bienestar, se reúnen finalmente en un deseo comun, la cosa más insignificante basta ya para hacer que estalle el incendio.

Todas estas razones existían en Portugal desde la época de su conquista, es decir, desde el mismo reinado de Felipe II, segun hemos tenido ocasion de demostrar, cuando en su lugar oportuno nos ocupamos de esto.

Felipe II había hecho solemnes promesas á muchas de las cuales faltó, segun lo tenía ya por costumbre: bajo una falsa apariencia de libertad, la verdad es que oprimía al nuevo reino, y no era este el mejor medio, como fácilmente puede comprenderse, para hacer amigos de los que constantemente estaban recordando los beneficios de que disfrutaban bajo sus anteriores monarcas.

Quejábanse, pero sus quejas se perdían en el vacío, y Felipe II, entreteniéndoles con artificiosas razones, siguió haciendo, respecto á Portugal, una política diferente de la que exigía su situacion.

Felipe III, con la indolencia que le caracterizaba, apenas se cuidó de aquel Estado, y las causas de disgusto fueron creciendo, doblemente amargadas por el tiempo que venía arrastrándose de aquel modo.

La sola vez que Felipe III estuvo en Portugal, dijimos ya en otra parte lo que había ocurrido, y en su consecuencia más perjudicó á los intereses castellanos en aquel país, que amenguó las diferencias que entre castellanos y portugueses existían ántes.

Males tan inveterados exigían en el sucesor del tercer Felipe una prudencia y un tino especiales, á fin de amortiguar los odios, las animosidades y las antipatías que entre ambos pueblos existían, y desgraciadamente ni Felipe IV ni su favorito reunían las condiciones requeridas para esto.

Ninguno de aquellos monarcas había tenido en cuenta que se trataba de fusionar dos pueblos, soberbios y altivos ambos, que el uno era vencido y el otro era vencedor, y era menester que el opresor pusiera de su parte cuanto fuera posible para hacer que el oprimido no se creyese en semejante situacion.

La unidad de dos pueblos no se verifica por medio de la fuerza, porque dominios de esta especie se sacuden del mismo modo; es menester que la política, los lazos de fraternidad, el mutuo interes, los afectos recíprocos formen el verdadero é indisoluble lazo de union; pero en vez de esto el gobierno de Castilla hacía pesar sobre Portugal un sistema de exacciones y de tributos altamente onerosos, y cuando se quejaban los portugueses de ellos, solía decir Olivares: que «las necesidades de un gran rey no se arreglan segun la miseria de los pueblos, y que harta moderacion y prudencia se usa en pedir con decoro lo que podría exigirse por la fuerza.»

Frases imprudentes que enconaban con mayor violencia la llaga producida por el mal sistema de gobierno seguido anteriormente.

A Portugal se le había ofrecido que los cargos del reino serían distribuidos entre los portugueses, y sin embargo eran castellanos los que los desempeñaban, y sobre este resentimiento y otros por el mismo estilo, estaba el que había hecho surgir Olivares con la pretension de que las Córtes portuguesas fuesen unas con las de Castilla, para cuyo efecto habían de presentarse en éstas varios individuos de los tres brazos.

Como que esto era completamente contrario á los privilegios concedidos á Portugal por Felipe III, se opusieron, siendo llamados á Madrid para tratar de este asunto algunos nobles, prelados y caballeros portugueses.

Toda la cólera de aquel reino, más que en el Monarca, hallábase concentrada en el favorito, pues harto sabían que siendo éste el árbitro de todo, cuantas nuevas exacciones hubieran de sufrir ó cuantas nuevas humillaciones se les impusieran, tenían necesariamente que reconocerle por causa.

La vireina D.^a Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, y gobernadora de Portugal, hallábase dominada por Miguel de Vasconcellos y Diego Suarez, secretarios de Estado de Portugal, y hechuras ambos del Conde-duque.

Suarez residía en Madrid, pero Vasconcellos vivía en Lisboa, y de igual modo que el Conde-duque tenía dominado al Rey, haciéndose únicamente en España lo que el ministro quería, en Portugal, Vasconcellos, siguiendo la misma política que Olivares, no solamente se granjeaba la animadversion de sus compatriotas, sino que hacía mayor la antipatía y el desabrimiento con que se miraban portugueses y castellanos.

No había freno que le contuviese, y para demostrar hasta qué punto llegaba la soberbia de Vasconcellos, un día que el arzobispo de Braga le preguntaba en virtud de qué poder había castigado á un infeliz por cierta falta levísima, le respondió: «con el mismo con que mandaré á Su Ilustrísima que vaya á residir á su diócesis, si se mete á criticar con demasiada libertad mis acciones.»

Fácilmente se comprende que si lenguaje semejante se permitía con personas de aquellas condiciones, á qué excesos no descendería con los de más humilde condicion, resultando de esto que, agotada la paciencia, estallaron desórdenes en muchos lugares de los Algarves, así como en otras varias ciudades, desórdenes que, aun cuando sofocados, demostraban sin embargo la existencia de un fuego que, si no se corregía oportunamente, podría convertirse á no tardar mucho en devastador incendio.

Y no se corrigió, sino que, por el contrario, más altivo el conde-duque de Olivares porque las Córtes celebradas en Madrid en 1638 le concedían grandes mercedes, tanto por el socorro que se dió á Fuenterrabía, cuanto por haber dominado el movimiento de Portugal, impuso un tributo extraordinario á este reino, y deseando convertirle en provincia castellana, reunió en Madrid á los prelados de Evora, Lisboa y Braga y otros varios personajes, reduciendo á prision á los que se negaron ó que no quisieron acceder á su proyecto.

Cuando los portugueses supieron de lo que se trataba, aprestáronse para defender los últimos restos de libertad que les quedaban, pero como que Vasconcellos y Suarez andaban muy alerta, avisaron al favorito, designándole como la persona en cuyo provecho se trabajaba, al duque de Braganza, é indicándole que bajo el pretexto de la guerra de Cataluña podían las tropas portuguesas salir del reino, obligando á los caballeros, y aún al mismo Duque á que acompañasen al Monarca en su expedicion al Principado.

No disgustó semejante idea al Conde-duque, é inmediatamente avisó á los magnates y caballeros que se dispusiesen á pasar á Cataluña, amenazándoles, en caso contrario, con la confiscacion de bienes y otras penas más rigurosas todavía.

Esto aumentó la indignacion, y sin cuidarse ya de ocultar la ira y el odio que se profesaba á la corte de Madrid, hasta en los pulpitos se hablaba contra la dominacion castellana, y se prescribían al pueblo las oraciones que había de dirigir de Dios, á fin de que les librara de ella.

Tal era el resultado que necesariamente habían de tener los desaciertos cometidos en los reinados anteriores, aumentados con las torpezas llevadas á cabo por el conde-duque de Olivares.

Los derechos que el duque de Braganza tenía al trono portugues verdaderamente eran incontestables desde el momento en que este reino se pusiera en el caso de recobrar su independencia, puesto que era nieto de aquella infanta D.^a Catalina que, como vimos al tratar de esto asunto en el reinado de Felipe II, disputó á éste sus derechos á la corona de aquel país.

Por más que su padre procuró legarle el odio que profesaba á los castellanos, el jóven Duque, de suyo apático é indolente, apenas se ocupaba más que de entregarse á los placeres y diversiones en sus posesiones de Villaviciosa, y á no ser por el carácter resuelto y enérgico de su esposa D.^a Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, y de su mayordomo Pinto Riveyro, es muy posible que nada hubiese hecho.

Pero éstos supieron obligarle, la conspiracion tomó cuerpo, y únicamente la sagacidad de Vasconcellos y Suarez pudo descubrir algo de lo que ocurría, noticiándose así á Olivares, quien trató de distintas maneras y por distintos medios de librarse de él.

Halagando como amigo al de Braganza, escribióle el de Olivares pidiéndole que levantase tropas con destino á Cataluña, para lo cual le autorizaba á tomar hasta cuarenta mil ducados, y ordenaba al mismo tiempo á los gobernadores que cuando se presentase en sus distritos le prendiesen y enviasen á Castilla.

Fingió el Duque dejarse engañar, pero tuvo buen cuidado de no entrar en plaza alguna sin haber ántes cambiado el gobernador, poniendo alguno de su completa confianza.

Paseó con este motivo el de Braganza todo el reino, trayendo á la memoria, no sólo el recuerdo de su real estirpe, sino tambien la grata independencia que ántes gozaban: extendía su prestigio preparando al clero, á los nobles, á los comerciantes y al pueblo, y dirigiéndose á cada cual en su lenguaje, ponderóles los males presentes y las ventajas de recobrar la libertad.

Envió las tropas que había organizado á Cataluña, y marchó para evitarse sospechas y peligros á su retiro de Villaviciosa, dejando empero en Lisboa á Pinto Riveyro, que trabajaba con actividad é inteligencia.



J. SERRA, Lit.

LIT. VIDAL, DImo. 27.

EL DUQUE DE BRAGANZA

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXIV.

El duque de Braganza pónese finalmente al frente de la revolucion.—Estalla ésta.—Pérdida definitiva de Portugal.

ERA el día 12 de octubre de 1640, y reunidos los nobles portugueses en el jardín de D. Antonio de Almada, ocupábanse en los medios que emplearían para sacudir el dominio español, y qué forma de gobierno sería la más conveniente que podría escogerse para despues que aquel caso llegara.

Antes que ir á la guerra de Cataluña todos estaban resueltos á empuñar las armas, pero la opinion unánime en esto, dividióse de un modo lamentable al tratar de la forma de gobierno.

Unos opinaban por la forma de república federativa, al igual de Holanda, miéntras que otros optaban por la monarquía, pero tampoco se hallaban acordes en la persona á quien se había de conferir la corona.

Entónces el arzobispo de Lisboa, que se hallaba en la reunion, y que resentido de la Vireina porque no le había elegido á él para la silla primada de Braga, en un discurso tan elocuente como lleno de razones, demostró que para evadirse del dominio español era necesario devolver á la casa de Braganza la corona que tan de derecho le correspondía, siendo el duque de este título el llamado á ceñirla, pudiéndose esperar mucho de su discrecion y de su prudencia.

Presto fueron adhiriéndose la mayoría de los nobles allí reunidos al propósito del Prelado, y la junta al disolverse dejó ya establecidos los días en que habían de reunirse para proseguir sus trabajos.

Pinto Riveyro informó inmediatamente al Duque de lo que ocurría, excitándole para que se presentase en Lisboa, al objeto de dar con su presencia mayor ánimo á los conjurados.

No se mostraba muy resuelto el de Braganza, que no era precisamente la resolucion la base principal de su carácter, y fué necesario que rogasen y le instasen mucho las comisiones que á verle fueron, para que al fin consintiera, aun cuando la verdadera causa que le incitó fué su misma esposa, al decir de los historiadores.

Parece que esta señora, que tenía tanto ingenio como talento, y tanta nobleza como ambicion, le dijo un día viendo sus vacilaciones y el compromiso en que se hallaban los diputados que varias veces habían ido á suplicarle que se pusiese al frente del movimiento: «¿Qué vale más? ¿Morir con una corona ó vivir en un retiro arrastrando toda la vida las cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso tambien en Lisboa, pero en la corte de Castilla morirás como un miserable, miéntras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como rey. Depon, pues, todo temor y no vaciles en el partido que debes tomar.»

Estas palabras decidieron al Duque. Desde entónces no vaciló ya, y D. Pedro Mendoza marchó inmediatamente á llevar á los conjurados la noticia, ocupándose ya éstos desde entónces en los medios para asegurar el triunfo.

Y como dice muy bien un historiador moderno, fué cosa admirable que, siendo tantos los que andaban en la conspiracion, y perteneciendo á las varias clases de la sociedad, nada llegase á traslucirse, probándose con esto que la conjuracion era completamente popular, que todas las clases sentían la misma aspiracion y que nadie quiso ser delator de sus hermanos y hacerse culpable de un delito de lesa nacion.

Sin embargo, algo debían sospechar, tanto Vasconcellos como Olivares, porque el duque de Braganza recibió órdenes apremiantes para que fuese á Madrid inmediatamente al objeto de que pudiera informar verbalmente al Monarca de la mejor distribucion de las tropas y el estado de éstas, y de las plazas portuguesas.

Esto no sirvió más que para anticipar el golpe.

El día 1.º de diciembre de 1640 aparecieron los conjurados en los sitios que de antemano tenían dispuestos y armados se dirigieron al palacio de Lisboa.

Pinto Riveyro disparó un pistoletazo, que era la señal convenida, y los conjurados arrojáronse sobre la guardia castellana y alemana á los gritos de ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Viva D. Juan IV, rey de Portugal! consiguieron arrollarla, y penetrando en el palacio espárecieron en busca de Vasconcellos, objeto del enojo popular.

El corregidor de Lisboa fué la primera víctima, D. Antonio Correa la segunda, y Vasconcellos, á quien encontraron las turbas escondido en un almacén, la tercera.

Su cadáver fué arrojado por un balcon á la plaza, donde estuvo por espacio de dos días siendo objeto de las mayores crueldades por parte del populacho, que siempre suele encontrar bárbaro recreo en tales excesos.

La Vireina, que se hallaba en su cámara acompañada de sus damas y del arzobispo de Braga, al ver que trataban de forzar las puertas los amotinados, abrió ella misma, y se presentó á los conjurados para ver si conseguía apaciguarles.

Pero nada pudo obtener, y tanto ella como el primado fueron reducidos á prision, así como tambien todos los demas castellanos que había en Lisboa.

La ciudadela, cuya defensa estaba encomendada á D. Luis del Campo, no había caído todavía en poder de los conjurados, pero éstos, amenazando á la Vireina con que de no firmar una orden para que se les entregase pasarían á cuchillo á todos los españo-

les residentes en la ciudad, consiguieron que enviase el mencionado documento al gobernador del Campo, y éste, fuese por credulidad ó por temor, obedeció, y la fortificacion quedó en poder de los sublevados.

De este modo, en el corto espacio de tres horas quedó triunfante la revolucion, y la corona de España perdió unos Estados que con mayor prudencia y cordura hubiera podido sostener y conservar quizas por siempre.

El arzobispo de Lisboa fué nombrado presidente del Consejo hasta la llegada del Monarca, á quien se dió aviso inmediatamente, proclamándose el duque de Braganza con el nombre de Juan IV, expidiéndose órdenes para que el clero y los magistrados hicieran públicas procesiones en accion de gracias de haberles libertado del yugo castellano.

Para recibir al Monarca ordenóse á la Vireina que desocupase el palacio, donde se hallaba prisionera, señalándosele el nuevo alojamiento que debía ocupar.

Apresuróse á obedecer, y tan majestuosa y tan digna fué su actitud durante el trayecto que hubo de recorrer para ir desde el antiguo palacio á la nueva morada, que á pesar de haber acudido á verla una muchedumbre inmensa, nadie fué osado á dirigirle el mas mínimo insulto, por el contrario, sólo muestras de respeto y consideracion obtuvo en su camino.

El duque de Braganza, entre tanto, había entrado de incógnito en la capital, con objeto de estudiar por sí mismo el verdadero espíritu del pueblo, sus aspiraciones y propósitos, pues tal vez abrigaba alguna desconfianza respecto á lo que le dijeron los que tal vez por despecho ó por otros móviles se habían puesto al frente del movimiento.

Pero no era posible que su llegada permaneciese por mucho tiempo secreta, y al tener noticia de su estancia en Lisboa acudió el pueblo á festejarle.

Desde los primeros momentos comenzó el Monarca á dar muestras de su discrecion, tanto negándose á que se celebrasen fiestas, miéntras no estuviese dispuesto todo para la defensa del reino, cuanto en la provision de los destinos públicos.

Despues de esto, y señalado el día para hacer la entrada pública en la capital de sus Estados, ceremonia que se verificó con gran solemnidad, y despues de haber jurado el Monarca sobre los santos Evangelios en un altar dispuesto al efecto en la plaza de palacio, regir y gobernar el reino con justicia, manteniendo todos los fueros y privilegios otorgados por sus ascendientes, los tres estados á su vez por medio de sus representantes le prestaron el homenaje de fidelidad.

La obra de la unidad ibérica quedó nuevamente destruída, y la casa de Austria, con su desacertada é inconveniente política, y sus ministros con sus torpezas y desaciertos destruyeron por completo obra que tantos siglos y tantos esfuerzos había costado á las generaciones anteriores.

Entreténida se hallaba á la sazón la corte de España con las fiestas que se hacían para festejar á un embajador que acababa de llegar de Dinamarca, y precisamente la noticia de aquel importante acontecimiento llegó cuando se celebraba una corrida de toros, en que los primeros individuos de la nobleza habían sido los lidiadores.

Fácilmente se comprende el efecto que produciría, no pudiéndose explicar nadie más que por la incuria y el abandono, por la torpeza y la insensatez, que asunto de tal magnitud, que requería tiempo para organizarse, y que por lo tanto, no era fácil que pudiera llevarse con un completo disimulo, hubiera podido permanecer ignorado por el gobierno.

Sorprendía que la Vireina y los gobernadores nada hubiesen sospechado, y mucho más llamaba la atencion ver la facilidad con que los que tenían á su cargo las plazas las habían entregado, pues verdaderamente, como se ignoraba la mala administracion y el odio que en todas las clases portuguesas había ido excitando la desatentada política de los monarcas españoles, no podía comprenderse que el espíritu público unánime y resuelto se hubiese impuesto de tal modo desde los primeros momentos, que hacía inútil toda clase de resistencia.

El Conde-duque sintió extraordinariamente aquel golpe por las consecuencias que para él podía traer, y decidió comunicar él mismo al Monarca la infausta nueva, haciéndolo de un modo tan singular que bien merece referirse.

En ocasion que el Rey estaba entretenido con el juego, llegóse á él con el rostro alegre el Conde-duque, y le dijo: *Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y muy buenas tierras.—¿Cómo es eso?* preguntóle el Rey.—*Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio; acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones.*

Sin embargo de esto, la noticia era de tal magnitud que, á pesar de la cortedad de alcances del Monarca, no pudo ménos de apreciarla en lo que valía, y contestó con acento grave: *Pues es menester poner remedio.*



J. SERRA lit.

Lit. VIDAL, Olmo 27.

D. FRANCISCO TAMARIT.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXV.

Prosigue la guerra en Cataluña.—Sale el ejército castellano de Tarragona.—Derrota de los catalanes en Martorell.—Llega el marques de los Velez á dar vista á Barcelona.

OLIVARES comprendió que su privanza estaba en peligro desde entónces, porque el pueblo por todos los medios posibles procuraba llamar la atención del Rey, y porque en palacio mismo tenía enemigos muy poderosos, y para evitar su caída, puso al lado de la Reina á su esposa, á fin de que no pudiese hablar con el Rey, rodeando á éste de tal modo con sus hechuras y parciales, que no era posible pudiese hablarle nadie que á él no le conviniera.

Veamos entre tanto cómo iban los asuntos de Cataluña, á los cuales hemos abierto un paréntesis para ocuparnos de Portugal.

La toma de Tarragona por las tropas castellanas pudiera haber sido un acontecimiento decisivo con otra clase de rebeldes que no fuesen los catalanes.

La privación del ejército frances, es decir, el quedar abandonados á sus propias fuerzas frente á un enemigo poderoso de por sí, y mucho más por la victoria que acababa de conseguir, era suficiente causa para desanimar á otros que no fueran los naturales del Principado.

Pero éstos, más resueltos cuanto mayor era el peligro, viendo que no podían conseguir que se quedasen los que por efecto de lo estipulado en Tarragona tenían que volver á Francia, en vez de abatirse alzáronse con nuevos bríos, y las levadas prosiguieron con mayor entusiasmo, y todo el mundo sin distinción de clases ni condiciones aprestóse para la defensa de Martorell, punto por el cual habían de pasar forzosamente los castellanos, y de lo cual, áun cuando ligeramente, hablamos en uno de nuestros capítulos anteriores.

A pesar de que se notaban en aquellas fortificaciones la falta de una dirección facultativa, de un plan detenido y general, hacíanse trabajos, que se habían de deshacer al día siguiente, es verdad, pero que entre tanto demostraban la enérgica tenacidad de que se hallaban poseídos aquellos naturales.

Los franceses salieron de Cataluña, causando no poco sentimiento á los catalanes, que habían creído poder contar con ellos, siendo bastante criticada la conducta de su general, no faltando quien supusiera que no era sólo el cumplimiento de su palabra lo que le había obligado á ello, sino otras razones quizás más fuertes, áun cuando menos decorosas.

Pero los catalanes, como ya hemos dicho, sin abatirse ni ceder, aprestáronse con mayores bríos á la defensa, miéntras que las tropas del marques de los Velez, poniéndose en marcha desde Tarragona, se posesionaban de Vilafranca del Panades, amenazando ya más directamente á la capital del Principado.

En cambio en San Saturnino de Noya fué más viva la resistencia que opusieron los catalanes; mas á pesar de ella los castellanos, atacando con ímpetu, consiguieron desalojar del pueblo á sus contrarios, que entónces se retiraron á Martorell, donde habían acumulado grandes defensas.

Con objeto de molestar al de los Velez por la espalda, dióse orden por la Diputación para que D. José Margarit, que se hallaba con su gente en las sierras de Montserrat, descendiese al campo de Tarragona. Verificó así el valiente patricio, y cayendo de improviso y á favor de la noche sobre el castillo de Constantí se apoderó de él.

¡Lástima grande que tan valiente hecho de armas lo empañase con la muerte de cuatrocientos soldados castellanos que se hallaban enfermos ó heridos en aquel hospital, en venganza de las ejecuciones ordenadas por el de los Velez en Cambrils!

Más tarde el capitán Cabañas consiguió arrojar á la gente de Margarit de aquella posición, á pesar de la resistencia desesperada que opuso.

Una vez frente á Martorell el general castellano, ántes que resolver de plano lo que haría, llamó á consejo á sus capitanes, á fin de que diesen su parecer respecto á la manera cómo había de darse el ataque.

Después de haberse discutido un buen espacio, quedó decidido que el ataque tuviera lugar por donde mejor pudiese ser, dadas las condiciones de la plaza, pero siempre contando con que una división había de subir por la montaña de la izquierda, á fin de coger al enemigo por la espalda.

Ocupado hasta entónces en el Ampurdan el diputado D. Francisco Tamarit, una vez terminada su misión, encoméndole la defensa de Martorell, y una vez que hubo reconocido su ejército, compuesto de gente allegadiza y bisoña, pero en la cual lo que faltaba de pericia y conocimientos militares suplía el patriotismo y el entusiasmo, comprendiendo que aquel punto era la puerta para llegar á Barcelona y que era preciso luchar y defenderla tenazmente, pidió nuevos refuerzos, lo cual no dejó de considerarse como un síntoma de cobardía; mas á pesar de esto se le enviaron, porque todo el mundo ardía en deseos de medir sus fuerzas con las castellanas.

Más de tres mil hombres, pertenecientes á todas las cofradías y á todas las clases marcharon á combatir al enemigo, que, consecuente con el plan acordado en el consejo, comenzó atacando impetuosamente las trincheras, miéntras que Torrecusa, al frente de la vanguardia, trepaba por una aspereza que los catalanes descuidaron guarnecer creyéndola inaccesible.

Si fué impetuoso el ataque de los castellanos, no fué menos vi-

gorosa la resistencia de los catalanes, resistencia que se prolongó durante todo aquel día, á pesar de los esfuerzos hechos por el de los Velez.

Más al inmediato, Torrecusa, que había conseguido su objeto, atacó por la espalda á los defensores de Martorell, y éstos, juzgándose perdidos, emprendieron la retirada en el mejor orden posible.

El marques de los Velez y Torrecusa creyeron que con aquella batalla terminarían la campaña, y para ello hicieron todos los esfuerzos posibles, pero sus adversarios, conocedores del terreno, se les fueron, como vulgarmente se dice, de entre las manos, y pasaron el Llobregat por distintos puntos, dejando burladas las esperanzas de los castellanos.

Muchas y muy sensibles fueron las pérdidas que tuvieron éstos en la toma de Martorell, pero hartos los vengó Torrecusa, que pasó á cuchillo, sin perdonar sexo ni edad, cuanta gente encontró en la población, barbarie que no basta á justificar ni el dolor que experimentar por la muerte de oficiales tan entendidos como el maestro de campo D. José de Saravia, ni la matanza hecha en los soldados enfermos y heridos de Constantí.

Sobre dos mil hombres perdieron los catalanes en esta refriega, pero no se abatieron por su desastre, en términos que, habiendo llegado la caballería de Torrecusa hasta San Feliu en ocasión que acababan de entrar los clérigos, estudiantes y demás gente que componían la división enviada en socorro de los de Martorell, en vez de desanimarse por el contratiempo que acababan de experimentar, aprestáronse á la defensa, y con el abrigo de alguna infantería francesa que estaba allí, y protegidos por el valiente capitán de caballos, Borrell, pudieron conseguir retirarse á las montañas sin ser acuchillados por los contrarios.

Franco quedaba ya el camino de Barcelona, y el ejército castellano pudo adelantarse hasta las cercanías de la ciudad, que el conde duque de Olivares encargaba que se tomase inmediatamente.

Pero el de los Velez, que comprendía la gravedad de la situación, que sabía el compromiso que estaba arrojando, que todas las miradas se hallaban fijadas en él y que no tenía elementos suficientes, máxime en un país alzado en masa, ántes que afrontar por sí solo toda la responsabilidad, y no queriendo por otra parte desobedecer á la corte, que á cada momento le estaba apremiando, llamó á todos los oficiales á consejo para escuchar su opinión y obrar con arreglo á ella.

Expúsoles desde luego las dificultades que en su opinión había para proceder inmediatamente al ataque de una población bien guarnecida, murada y perfectamente artillada, y las ventajas que podría tener para el éxito de la campaña el apoderarse de ella; al mismo tiempo puso de manifiesto la situación del ejército, que se hallaba falto de víveres y muy debilitado, tanto por los combates que había sostenido, cuanto por las guarniciones que había tenido que ir dejando en los puntos por donde había pasado, razones todas que debían tomarse en consideración.

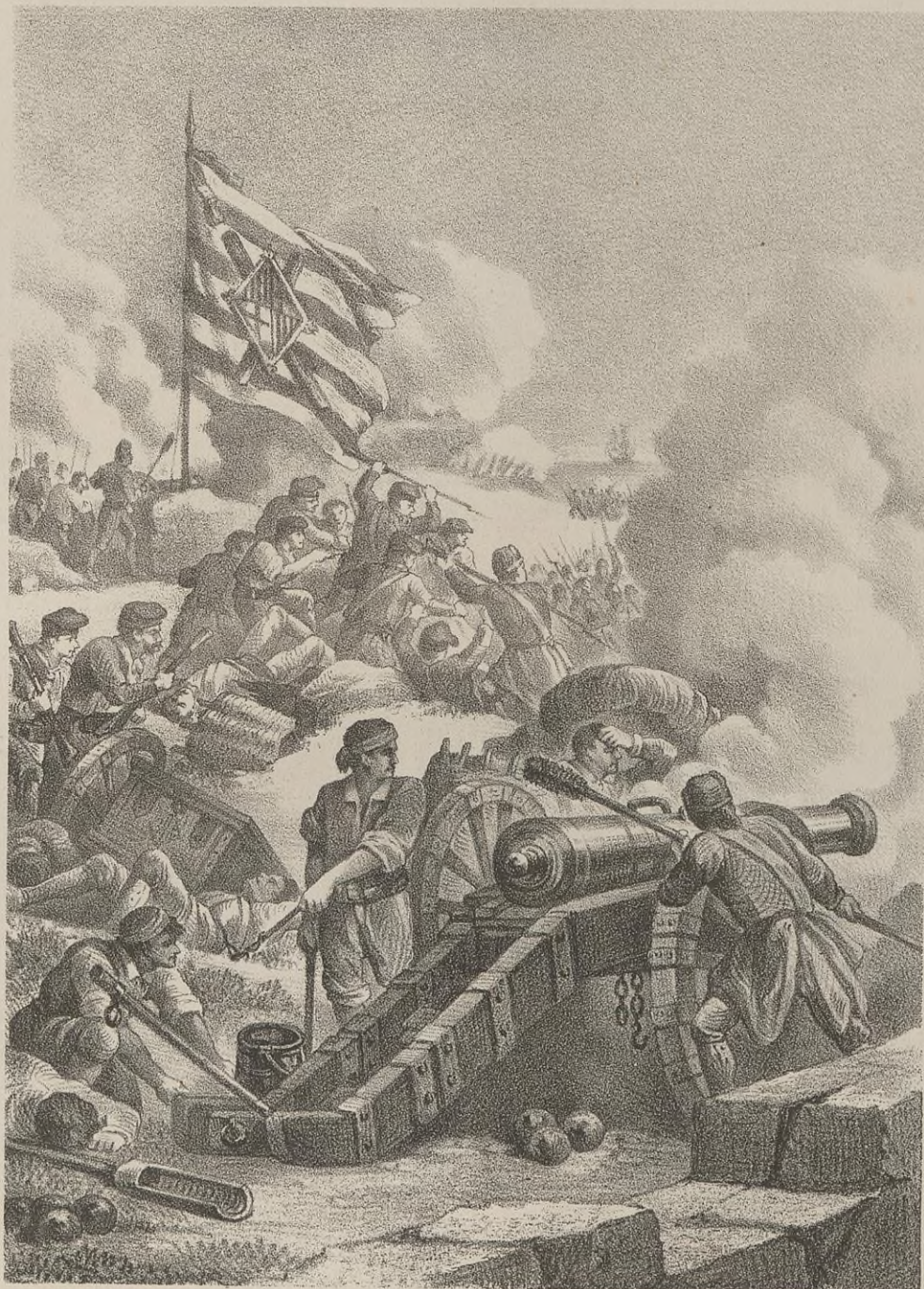
Distintos fueron los pareceres, áun cuando todos estaban conformes en reconocer como inconveniente la resolución de la corte, pero miéntras unos optaban por el establecimiento del sitio, otros por talar y saquear los pueblos inmediatos, habíalos también que opinaban por abandonar la ciudad y llevar la guerra al Rosellon, ántes que exponerse á una catástrofe.

Después de mucho discutir, decidióse por fin aproximarse á la ciudad, reconocer su estado y ver si por medio de un golpe de mano se podía tomar la fortaleza de Monjuich, previa una nueva invitación á los catalanes para que se rindiesen.

Por aquí dió comienzo el de los Velez, mas los catalanes rechazaron con altanería sus exhortaciones, imponiendo como condición que se retirasen las tropas castellanas del Principado, con lo cual irritaron doblemente al general y demás jefes, dándose inmediatamente las órdenes para que dos divisiones de tropas escogidas, mandada la una por D. Fernando de Rivera, y por el conde de Tyron la otra, subieran por los dos costados la montaña de Monjuich, que el duque de San Jorge se estableciera en los molinos con diez y ocho escuadrones de caballería, que las baterías disparasen incessantemente sobre la fortaleza, miéntras que Torrecusa y Garay, con algunas fuerzas puestas á sus órdenes, estuviesen dispuestos para acudir donde la necesidad exigiera.

Acordado ya por los catalanes el cambio de señor, de que en otro lugar nos hemos hecho cargo, y siendo el rey de Francia Luis XIII el elegido, proclamándosele conde de Barcelona, que, como sabemos, era el título de los soberanos catalanes, después que el día 23 de enero de 1641 se levantó el acta de este acuerdo, inmediatamente le fué comunicada al pueblo, que la recibió con extraordinaria alegría.

Al partir de este momento ya se les dió á los franceses que había en la ciudad una participación directa en la dirección de los negocios, y Mr. D'Aubigny obtuvo el mando del castillo ó fortaleza de Monjuich, que no era lo que en la actualidad, y los demás oficiales franceses obtuvieron también distintos mandos, demostrándoles con esto la gran confianza que en ellos habían depositado, y á la cual más tarde habían de corresponder tan mal.



J. SERRA, lit.

Lit. VIDAL, Olmo 21

DEFENSA DEL CASTILLO DE MONJUICH.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCXVI.

Ataque de Barcelona por el marques de los Velez. — Derrota sufrida ante sus muros.

SEGUN hemos dicho ya, los catalanes habían dado parte en el gobierno, así político como militar, á los franceses, en virtud de la concesion de que en otro lugar hemos hablado, y en su consecuencia, para el mando de las armas quedaron elegidos D. Francisco de Tamarit, D. Juan Pedro Fontanella, conceller *en cap*, y Mr. de Plessis.

El consejo de guerra, que quedó instalado, le componían Mr. de Lesignan, Fr. D. Miguel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós y Jaime Damiá, y siguiendo este mismo sistema, en las fortificaciones y baluartes había igualmente jefes, tanto catalanes, como franceses.

Mr. de Aubigny tenía el mando de la fortaleza de Monjuich con nueve compañías de gente de la ciudad, sacadas de los gremios de mercaderes de lienzos, zapateros, sastres, cordoneros, freneros, toqueros, taberneros, tejedores de lino y pellejeros, además de varias compañías del tercio de Santa Eulalia, que ya eran soldados aguerridos los que las componían, trescientos soldados veteranos franceses y doscientos miqueletes al mando del bravo capitán Cabanyas.

Para atender al mejor servicio de la fortificación y su defensa, destinaron á ella los capitanes D. Ambrosio Gallart, D. Jorge y D. Antonio Peguera, D. Rafael Casamitjana, D. Luis Valencia, Vives, Martorell y Madolell, además de los sargentos Francisco Ferrer, Mates, Plano y otros.

El conceller tercero, Pedro Juan Rosell, que se encontraba en Tarrasa con sus tercios de infantería, recibió orden para que reuniese cuanta gente le fuera posible, y con ella se viniese hacia Barcelona inmediatamente que á su noticia llegase que los castellanos habíanse establecido ante sus muros, y del mismo modo se ordenó á Biure y Margarit que se posesionase de los pasos de Montserrat, á fin de interceptar las comunicaciones del ejército enemigo, y á un para estorbar su retirada si á ello consiguieran obligarle.

Con estas disposiciones demostraban los catalanes que, si la acometida iba á ser furiosa y premeditada, la defensa habíase procurado también por todos los medios posibles.

Amaneció por fin el sábado 26 de enero de 1641, y los toques de clarín del ejército castellano demostraron que el momento supremo había llegado, mientras que el movimiento de las tropas y las voces de los capitanes indicaban que la hora del ataque estaba próxima.

El marques de los Velez dirigió la palabra á sus soldados, procurando infundirles mayor aliento, é inmediatamente las columnas de ataque se pusieron en marcha para los lugares dispuestos de antemano.

La ciudad estaba ya muy alerta. Todos los soldados se hallaban en sus puestos, y todos ansiaban que llegara el momento de medir sus armas con las del enemigo.

El diputado Tamarit iba recorriendo todos los puestos acompañado de los mariscales Plessis y Lesignan, y con objeto de excitar doblemente el entusiasmo de los que le seguían y de los mismos soldados, dirigióse á todos ellos diciéndoles:

«Si dudáis, valerosos catalanes, por la condicion de la fortuna, yo creo tenéis razon, pero si mostráis temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro recelo.

«Vecino está vuestro enemigo; ¿véislo allí? detras de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria: ¿véis? allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos; escoged, señores, si lo queréis beber para morir infamemente, ó si arrojarle haciéndole pedazos, en que consiste vuestra vida. Todo se verá presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contarnos por seguros que no correrá peligro.

«Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco (ó á lo ménos estatua de balago); muchas de sus tropas bisonas, algunas desarmadas y otras oprimidas; ninguna pelea por amor; el que más hace viene, el que más desea se vuelve hallando por donde, el que más sabe no es obedecido; su rey ausente, su general con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es más, la suerte de aquel rey cansada de favorecerle.

«¿Qué es lo que teméis, sino que no lleguen presto, y que se os escape de las manos ese triunfo?

«Por vosotros está la razon, hoy habéis de acabar el grande edificio de la libertad que habéis levantado; hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia; á este día se dedicaron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora, punto es éste en que se definirá á la posteridad vuestro nombre ó por libertador ó fementido; aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso día.

«Si os atemoriza el ver que han llegado hasta aquí, esa es más cierta señal de su próxima ruina. Si creéis á mis palabras luégo veréis mis acciones.

«Yo no soy de los que procurarán reservarse para el premio,

capitan quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte; sino me halláis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos.

«Una sola cosa os pido entrañablemente, que guardéis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que más quiera cada cual ser cobarde en su puesto que valiente en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonía de la victoria.

«Con vosotros tenéis la fortuna de César, de César no, que es poco, pero del mayor rey de los cristianos, del más venturoso de los vivientes. No es éste solo el que os ha de defender. ¿Qué ha querido mostraros hoy el cielo en la tan impensada nueva que se os entró por las puertas, del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios fabricando y juntando príncipes por el mundo para defendernos con ellos?

«La majestad de un rey justo os atiende, la hermandad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios, sobre todo justo, os ha de valer (1).»

Entre tanto el combate había dado comienzo con el mayor ardor por ambas partes.

Al grito de *viva el Rey!* y *viva nuestro general!* lanzáronse los soldados españoles, bajo el mando del conde de Tiron, á embestir la altura que domina á Castelldefels, á pesar de las nutridas descargas con que trataba de impedir su movimiento la mosquetería catalana.

Por más que uno de los escuadrones castellanos trató de sorprenderles, como que se retiraban al abrigo de las fortificaciones, mientras ellos sufrían de parte del ejército castellano muy pocas pérdidas, éste las experimentaba de consideracion desde que se rompió el fuego.

De un balazo derribaron al conde de Tiron, pérdida sensible en alto grado, así como la del sargento mayor D. Diego de Cárdenas, que pereció también en aquel ataque.

Los que defendían el puesto de Santa Madrona, atacados también vigorosamente por los españoles, hubieran sucumbido á no ser por los refuerzos que pidieron y les fueron enviados por el general frances, por manera que el comienzo del combate no se presentaba nada favorable á los castellanos.

Otro reves más importante, y que ejerció gran influencia para despues, hubieron de sufrir precisamente en la parte de su ejército constituida por la caballería.

Bajo el mando del duque de San Jorge hallábase ésta, y su cometido era el de impedir que la ciudad enviase socorros al castillo de Monjuich; pero provocada al combate por algunas compañías de caballos catalanes y franceses, protegidas por una seccion de arcabuceros que se hallaban resguardados en una trinchera, fuese poco á poco empeñando el de San Jorge en la pelea, y mientras que él y los suyos recibían el fuego á pecho descubierto, sus contrarios tenían muy escasas pérdidas.

Con desesperado valor atacó el duque de San Jorge á aquellos enemigos hasta que cayó mortalmente herido, sufriendo igual suerte otros varios capitanes y gran número de soldados, con lo cual, mientras decaía el ánimo del ejército castellano, cobraban nuevo brío los catalanes.

Merced á esto, mientras la artillería de Monjuich se cebaba en los apiñados escuadrones del marques de los Velez, salían socorros de Barcelona, y los marinos de la ribera, desembarcando al pié de la montaña, lanzábanse resueltamente á auxiliar á sus compañeros.

Torrecusa, que había creído encontrar perfectamente dispuesto el combate para lanzarse al asalto con sus tropas de reserva, quedóse extraordinariamente sorprendido al ver que los castellanos huían en desorden y que los catalanes salidos de la ciudad y los marinos salidos de la ribera estaban próximos á auxiliar á los del fuerte.

Reorganizó como le fué posible á aquellos soldados desorganizados ya, y condújoles al asalto, pero por una imprevision indisculpable en un general de la experiencia de Torrecusa, olvidáronse las escalas y no tuvieron otro remedio que enviarlas á buscar, perdiéndose en esto un tiempo precioso del cual se aprovecharon los catalanes para reunirse con los del fuerte, y juntos, disparar y atacar de tal manera que no tuvieron otro remedio los castellanos que retroceder, dejando en el campo muchos de sus mejores oficiales, entre ellos dos sobrinos del marques de los Velez.

Este comenzó á desconfiar del éxito de la accion, y su desconfianza quedó justificada bien pronto. Llevaban ya bastantes horas de estar batiéndose los soldados, y como que habían adelantado tan poco, y como se habían apercebido de algunas torpezas de sus jefes y estaban viendo que oficiales y soldados caían en gran número sin obtener ventaja alguna, comenzaron á murmurar, y precisamente cuando en un ejército comienza la murmuracion contra el jefe, puede tenerse por seguro que no tarda mucho en estallar la demoralizacion.

(1) Melo, Obra citada, pág. 214.

EDITOR, HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
Robador, 24 y 26.—Barcelona.

HISTORIA

DE LAS

PERSECUCIONES SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

contiene un exámen detenido de las causas de cada una de ellas y de los caracteres especiales que presentaron, de las principales legislaciones que contra el Cristianismo han regido y rigen; la biografía de los tiranos y perseguidores y de los más ilustres perseguidos y mártires, con interesantes descripciones de los lugares en que se libraron los recios combates del orgullo humano contra la verdad divina desde el Calvario, en el siglo I, hasta el Quirinal, en nuestros días.

OBRA ESCRITA

POR

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA y D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL

Cura propio de la parroquia de la Concepción y Asunción de Nuestras Señoras
en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia,
(Barcelona).

é ilustrada con magníficas láminas intercaladas en el texto.

PREVIA CENSURA DIOCESANA

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra constará de dos tomos en folio, en papel y tipos elegantes, y adornada con unas 150 magníficas láminas, relacionadas con el asunto de la publicación. Se divide ésta en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de á cuatro páginas, al precio de

Medio real cada una en toda España.

Se reparte por ahora semanalmente un cuaderno de 4 entregas y muy luego de 8.

Van publicados 58 cuadernos.